

Entonces escuchó el taconeo de una sirvienta tras el biombo de la entrada. La Dama Shikibu quería saber si su hermosa y noble huésped ya se había despertado y la recibiría en la habitación. Después fueron los pies desnudos de Izumi Shikibu misma y tuvo tiempo aún para pensar que tal vez ninguna persona en su vida adulta, ni siquiera Yukinari, había visto a Sei Shônagon en una cama a la hora del despertar.

Izumi entró en la habitación. Traía una bandeja con el desayuno, pescado hervido, papas dulces y cebollas. Mientras comían, la Anfitriona anunció que postergaban un día más el viaje. Mañana los caminos estarían aún llenos, la gente retornaba de las celebraciones y los ritos del santuario de Kamo, se entretenían, se emborrachaban, todas las cabañas y templos estaban llenos de peregrinos. En cambio, tomarían este tiempo para hacer los honores a la visitante.

Mientras se adentraban en una maleza baja, Sei observó el nombre de Izumi Shikibu labrado en el arco por la parte interior, las flechas también llevaban su nombre. Jamás había tenido un arco en sus manos, hasta hoy le había parecido absurda la imagen de una mujer manejando el arma. Podía ver las competencias de tiro en la corte y aplaudir y festejar al ganador, pero jamás se le ocurrió que una dama usara un arco.

—No creo que quieras verme cazar sin hacer nada. Es fácil aprender. Sé que en la corte se vería mal, pero no estamos en la corte; estamos en la Casa en la Laguna y no hay siquiera hombres a nuestro alrededor.

Le dolían las manos y no lograba sostener la flecha en la cuerda. Peor, no era capaz de tensar el arco lo suficiente, el dardo trazaba una parábola somnolienta y caía unos pasos

delante de ellas, mientras que el de Izumi había volado sobre la laguna para clavarse al borde de un montecillo de iris en la otra orilla.

—Lo lograrás, con un poco de práctica lo lograrás —dijo la Anfitriona señalando el sendero que bordeaba la laguna.

¿Qué tiempo pensaba Izumi Shikibu que tendría ella para practicar su tiro con arco en caso de que estuviera realmente interesada? La Anfitriona se adelantaba a pesar de la vegetación que casi les impedía el paso y de los impredecibles accidentes del suelo, y Sei iba detrás sintiéndose un poco olvidada, ridícula con su arco prestado, con su torpeza para moverse sobre otra superficie que no fuera la de los salones y las sendas labradas del palacio imperial.

Salieron a un claro y vieron la cabaña y a un anciano junto a unos caballos. Eran hermosos, uno blanco y el otro negro. Sei se estremeció al verlos, le aterraba la idea ya prevista de subirse a un caballo. Buscó la compasión de la Anfitriona, pero ésta ya sonreía al viejo que cepillaba la densa crin de la potranca de inmaculada blancura que le había sido destinada.

Todo esto era una gran equivocación, la Anfitriona sabía que ella jamás se había subido a un caballo. Estaba dispuesta a recordárselo cuando la oyó decir: él te enseñará. El potro negro estaba inquieto e Izumi lo tomó de la brida y se alejó con él hablándole suavemente. Le decía un poema... ¡de Yukinari!

Hubiera querido que de una vez alguien le explicara el sentido de todo aquello, pero a lomos de un caballo era difícil pensar en nada que no fuera la fragilidad del cuerpo humano. Apenas podía atender a las indicaciones del anciano, las rodillas, el bocado, no temas, los animales no se alejarán uno del otro, no hasta la tarde al menos y para

entonces ya estarán de regreso. No correrán, no tropezarán, conocen muy bien el camino, no temas.

El anciano parecía saberlo todo y de momento Sei previó una leve mejoría. Vio venir a Izumi sobre su caballo, como un guerrero, jinete y cabalgadura en un solo cuerpo. ¿Lista? Asintió pensando que en cualquier momento se podía desmayar y se caería y se rompería el cuello. Sin embargo, a su debido tiempo, como si respondiera a una orden, la potranca echó a andar despacio al lado del macho a la vez que Izumi extendía la mano para tomar la de Sei en una especie de saludo de bienvenida a las alturas, de aliento. Era la primera vez en el día que la sonrisa de la Anfitriona venía en su auxilio.

—Al rato te sentirás cómoda —dijo, y apretó ligeramente la mano de su huésped y la soltó acto seguido.

Entonces Sei vio que la Anfitriona llevaba el arco terciado a su espalda y el carcaj acomodado en el flanco de la montura y se dio cuenta de que había dejado su arma en la hierba junto a la cabaña. Volvieron por el inútil arco y las flechas, Sei aún segura de que no cazaría ni una lagartija.

Se cuestionaba el sentido de todo esto, la Poetisa no había hecho mayor referencia a *El libro de la Almohada*, en cambio se divertía tratando de enseñarle a hacer cosas de hombres. Pero a medida que avanzaban en silencio, Sei se acomodaba al trote ligero de la cabalgadura y sentía su cuerpo relajarse dejándose llevar por los movimientos del animal. La curva de la montura se acomodaba entre sus piernas y la brisa en el rostro. Comenzaba a disfrutar la cabalgata.

Llegaron al borde de un valle pequeño, de vegetación más densa, que se extendía hasta la falda de la montaña y descabalaron. No habían intercambiado una palabra en el breve trayecto. Aquí es, dijo Izumi, a partir de ahora

debemos andar despacio y con sigilo, nunca sabes dónde pueden estar.

Aquel desplazamiento furtivo tomaba demasiado tiempo sin que sucediera nada, excepto el calor exasperante. Sei sentía la transpiración bajar en gotas por la espalda, tenía el rostro bañado en sudor y se asfixiaba sin hallar finalmente un lugar abierto, un sitio donde pudieran al menos observar el panorama hacia todos lados. Izumi tampoco parecía dispuesta a servir de guía, apenas hacía algún comentario sin esperar respuesta de la otra, que la seguía sin grandes expectativas, el arco terciado a la espalda aún, sus extremos enredándose en la maleza a cada momento.

De repente el camino bajaba. Más adelante un hilo de agua serpenteaba sin ruido entre piedras.

Lo siguieron y llegaron finalmente a un claro, un lecho de roca. Un paisaje que a Sei le pareció hermoso en su desnudez. Sólo algunas trepadoras y plantas acuáticas moteaban de verde el manto rocoso, en el que un hilillo de agua se ramificaba como las nervaduras de una hoja y se encharcaba en mansas lagunillas.

Hasta allí arribaron también los faisanes mientras ellas descansaban. Un macho, Izumi lo señaló con el dedo, y tres hembras. No se veían muy desconfiados, pero tampoco se acercaban mucho. Izumi no tenía prisa. Al verlos salir de las hierbas dijo entre dientes: “Ahí están”. Y siguió sus movimientos con la mirada, sin hacer ningún otro gesto.

—Yo le disparo al macho, tú a la hembra que te dé mejor tiro. No hagas movimientos bruscos y apúntale al pecho si está de frente, al centro del ala si está de costado. Tensa el arco todo lo que puedas. Soltamos a la vez, cuando yo dé el aviso.

De repente Sei deseó hacerlo, salir victoriosa. El ave se había acercado lo suficiente y abrevaba despacio, bajando y subiendo la cabeza para tomar el agua; el plumaje rojo dorado del pecho era lustroso y se distinguía como un blanco perfecto. Tensó su arco todo lo que pudo, pero Izumi no daba aún la orden y el pulso comenzó a temblarle. Estaba a punto de bajar su arco, flaqueaba, cuando oyó el ¡Dispara! y dejó escapar la flecha.

Las dos aves habían sido tocadas. El macho dio un gran salto y cayó con un aleteo que comenzó a disminuir hasta convertirse en un temblor y finalmente extinguirse, la saeta había entrado por un costado del pecho y penetraba profundo a lo largo del cuerpo. El blanco de Sei, sin embargo, no había sido tan certero, el dardo atravesó la base del cuello de la hembra y salía del otro lado; el ave saltaba con aletazos desesperados y caía desordenada sin dejar de mover las alas, iniciaba la carrera, caía de nuevo, brincaba en agonía interminable. En uno de los saltos vino a dar casi a los pies de Sei, aterrizó en un charco y el agua comenzó a teñirse de sangre, el batir de las alas levantó el agua ensangrentada y salpicó las vestiduras de Sei que observaba la escena con una mueca entre el horror y la repugnancia.

El animal seguía debatiéndose dispuesto a no morir, inició de nuevo la carrera y fue a dar a un charco más profundo de donde ya no podría salir, pero se mantenía a flote con sus movimientos convulsos, tratando todo el tiempo de erguir la cabeza. Izumi puso una nueva flecha en su arco y lo tensó, pero los movimientos del ave eran demasiado impredecibles y no daba un blanco fijo. El disparo erró y se hundió en el agua con un chasquido. Como desentendiéndose del asunto, Izumi se reclinó sobre la roca, se puso una mano sobre la frente y observó el cielo.

—No la mires más —dijo—, esperemos a que se muera.

Sei acató las palabras de la otra como una orden, desvió la mirada del ave agonizante y buscó unas azaleas que había visto al borde del claro rocoso, pero no podía evitar el sonido de las alas erráticas y el cloqueo ahogado, así que estuvo pendiente hasta que éste se apagó del todo. Entonces vio el ave flotando ya sin vida y sintió su propio corazón y los latidos en las sienes, la náusea.

Izumi vino en su ayuda, inclínate hacia adelante, cierra los ojos. Le colocó algo mojado en la nuca. Sei se recuperaba poco a poco, pero aun con los ojos cerrados seguía viendo el sufrimiento del animal herido, los saltos en busca del último aire.

Izumi frotaba las sienes de su invitada con las yemas de los dedos, humedecía sus mejillas, el cuello y los hombros. Las manos de la Anfitriona eran finas y suaves ahora y sus palabras devolvían a Sei al reino de lo humano.

—A todo cazador le ha pasado, no es lo más agradable pero puedes controlarlo. Te desligas, dices: esto no está sucediendo, y la próxima vez tratas de tener más puntería. Si te gana el miedo, o la piedad, o algún otro sentimiento, estás perdida; se trata de vencer siempre el miedo.

¿Había algún placer en la caza?

—Debo haber sido cazador en alguna vida anterior, desde la primera vez que tuve un arco en las manos sentí el deseo de disparar. No contra los humanos, no fui guerrero.

¿Había algún placer en matar a otro ser vivo? Sei misma antes de hacerlo había deseado de todo corazón acertar el disparo, entonces el faisán no era un ser vivo sino un blanco inerte, fue la andanada de agonía lo que transformó la emoción en malestar. Pero ahora veía las aves ya tendidas, informes, y no sentía nada.

Izumi le había prestado sus piernas como almohada, descansa, y ahora le sostenía la cabeza entre sus manos.

—Cuando te sientas bien nos marchamos—. Pero la seda perfumada y los muslos de la Anfitriona eran mucho más placenteros que la perspectiva del regreso y Sei deseaba abrazar el talle de su amiga y dormirse. Temió de repente que alguien las estuviera espionando. —Ya estoy bien —se escuchó decir.

Mientras cobraba las piezas y arrancaba los dardos con fuertes tirones, Izumi buscaba alentar a su huésped. Lo había hecho bien, otros invitados de la corte no tuvieron siquiera el valor de montarse en un caballo y se habían desmayado ante la sangre, la tradición guerrera se está perdiendo, los hombres son cada vez más débiles.

En cuanto a ella, la muerte había dejado de impresionarla, se preparaba para el *nembutsu*. Si uno logra enfrentar el momento final con alegría suprema, si alcanzas el raptó en la agonía, puedes despegarte para siempre de las miserias de una nueva reencarnación. Le llaman *parinirvana* en los escritos sagrados. Entrás en la Vida Infinita devuelta ya a la condición masculina, en el Paraíso del Oeste.

De nuevo la invitada presentía que su Anfitriona la ponía a prueba. Todos conocían del descreimiento de Sei Shônagon, si Izumi había leído realmente *El libro de la almohada* tenía que conocer la irreverencia de la autora hacia las prácticas budistas y los encantamientos y las baratijas del amidismo.

Pero también Sei sabía que Izumi Shikibu era una mujer llena de supersticiones, que creía en todo y tenía fama de haber penetrado en el mundo de la magia. Se decía que en el momento de su muerte el Príncipe Heredero había renunciado a las ceremonias finales, a los

encantamientos de otros, había hecho salir a todos de la habitación para que viniera Izumi a su lado; si ella no podía salvarlo, dijo, por lo menos lo haría menos infeliz. Y había muerto en sus brazos. Abrazada al cadáver, Izumi siguió repitiendo las palabras mágicas de los Sutras del loto para requerir la presencia de Amida.

El Príncipe Heredero tal vez no lograra ser elegido para la Vida Infinita, pero sí añadiría nuevos motivos a la leyenda de su amante: la Dama Shikibu estaba en trance cuando los demás volvieron a la habitación, tenía ojos de poseída y la voz ronca, y repetía aquellas frases arcanas.

—Yo también he dudado alguna vez. Yo también me he preguntado si la observancia de las reglas y el culto sirven de algo, si de verdad pueden elevarnos por encima de nuevas reencarnaciones, si la piedad, si los ritos no son otra forma más de engañarnos, de buscar una salida a lo que nos tocó vivir. Pero en esos momentos ahogo con rezos la duda y me apego más que nunca al ritual y a la obediencia; todos los seres que he amado están ya en la otra orilla y desde ahí me hablan, me llaman, me visitan en las noches. Sólo yo faltó en ese sitio —dijo Izumi Shikibu.

—Pues yo creo que nunca saldremos de nosotros mismos —dijo Sei Shônagon—, que antes o después seguiremos siendo el mismo ser. En las vidas que nos precedieron y en las que vendrán seremos siempre el mismo, dentro de muchos años y muchas vidas. Una vez, en Ise, frente al mar, vi una puesta de sol que ya alguna vez había visto, la luz era la misma, alguien en algún sitio tocaba la flauta, soplabla el viento sobre el mar y todo llegaba desde el pasado, entonces me di cuenta de que la persona que había estado allí en una vida anterior era yo misma. Y seré yo misma en una próxima vida y en otra, no seré hombre, ni caballo, ni hiladora, ni madre de diez hijos, seré yo, Sei

Shônagon, con otra piel y otra carne sobre mis huesos, con otro nombre, pero yo, haré las mismas cosas, pensaré igual, seré escritora, seré una mujer sensible y arrogante. Porque lo que se reencarna es el espíritu, y ese espíritu es lo que vuelve a nutrir otro tiempo, a asentarse en un lugar donde fuerzas superiores a nosotros deciden que estemos de nuevo. Eso es lo que yo pienso, uno no puede escapar de sí mismo, ni salimos jamás del ciclo de las reencarnaciones, ni cambia tu espíritu esencial —dijo Sei Shônagon.

—Sé que existe un lugar —dijo Izumi—. Lo he visitado en sueños, lo conozco como puedo conocer mi casa. No podría describirlo porque sólo aparece en sueños y los sueños son diferentes a la vida; pero en las noches sé perfectamente que he estado ahí antes, que he vivido en ese sitio por mucho tiempo. Me he soñado paseando junto a mi hermana por una senda bordeada de lotos y todo lo que deseo es quedarme ahí para siempre, con ella, sé que ahí pertenezco.

—A veces he pensado que los sueños son ventanas que dan a ese otro estado de nuestro ser —dijo Sei—, a la forma en que existimos entre una reencarnación y otra. Ese lugar que visitas en las noches no existe en el tiempo, ni en el espacio, sino en otra forma, la de los sueños.

—Entonces es ahí a donde yo quiero regresar, a la vida de los sueños —dijo Izumi Shikibu—, pero no creo que la muerte por sí sola me otorgue el derecho a ese paraíso, hay que hacer algo para merecerlo. Si no fuera así no temeríamos tanto la muerte —dijo Izumi Shikibu.

—Tememos a la muerte como tememos adentramos en una selva oscura —dijo Sei—, o en el mar, tememos a lo desconocido, pero lo que hagamos en esta vida no cambiará lo que encontraremos del otro lado.

—No puedo pensar como tú que nada cambie, que el ladrón volverá a nacer ladrón, el funcionario del gobierno volverá como funcionario del gobierno, el cerdo como cerdo y el emperador como emperador —dijo Izumi Shikibu.

—El ladrón puede nacer más hermoso y con mayores aptitudes para la intriga en una próxima vida —dijo Sei—, entonces posiblemente llegará a ser funcionario del gobierno, o el asesino podrá en el ejército saciar a plenitud sus instintos; eso es lo que cambia, aquél habrá subido a una categoría superior de ladrón, éste será otro tipo de asesino. Pero puede ocurrir lo contrario, un gran espíritu poético puede nacer en lo más recóndito de la provincia y vivir toda una vida como un simple campesino.

—Al igual que hay campesinos de espíritu vulgar que viven como poetas en la corte —dijo Izumi—. ¿Conocemos a alguno?

—Conocemos a unos cuantos —dijo Sei Shônagon.

Habían salido del bosque y se acercaban al sitio donde dejaran los caballos. Escucharon el poderoso relincho del potro.

Ya en el claro vieron la agitación de los animales: el potro trataba de acercarse a la hembra, que lo esquivaba girando siempre sobre sí misma.

—¿Qué les sucede? —dijo Sei.

—Prepárate para ver algo hermoso, van a copular.

Se sentaron en la hierba y observaron, pero la situación no parecía alterarse, lo único que variaba era la longitud cada vez mayor del miembro del potro.

—Pero ella no quiere —dijo Sei.

—Si no quisiera, el potro no estaría así, lo excita el olor de ella, que quiere. Quiere, pero tiene miedo, ¿tú no tendrías miedo ante eso? Es su primera vez.

Sei sonrió de nuevo sin responder.

Finalmente el macho logró apoyarse sobre la grupa de la hembra, pero no era capaz de mantener el equilibrio y el miembro no encontraba su objetivo, se metía entre las piernas de la potra, se desviaba a un lado. La hembra ahora esperaba con resignación los embates del macho frenético, hasta que por fin el miembro halló su camino, se perdió de repente de vista en aquel largo viaje interior. Pero la embestida había sido tan fuerte que la hembra se estremeció, sus piernas traseras temblaron e hizo un movimiento para evitar lo ya inevitable.

El miembro del macho, ahora más henchido, se balanceó en el aire por un momento, mientras que la potra, después de aquel gesto instintivo, volvió a quedarse quieta, alzó la cola en invitación a un próximo intento y esperó. Ahora el macho tuvo más tiempo para colocar adecuadamente su larga barra negra e introducirla sin piedad de nuevo hasta el fondo. Bajo el peso del animal, la potra arqueó la espalda y el miembro penetró y de nuevo fue más de lo que aquélla podía resistir. Se encogió, se lanzó hacia adelante y otra vez el miembro poderoso relució en el aire. Sin embargo, este segundo intento había sido suficiente para él, los chorros de semen salieron disparados y cayeron perdiéndose entre la hierba.

Todo había ocurrido con rapidez, pero la imagen tan intensa desprendió a Sei de la realidad. Cuando los animales se separaron y comenzaron a mordisquear el pasto, de repente ignorando uno la presencia de la otra, Sei no salía aún de su fascinación.

Se dio cuenta de que estaba excitada por la violencia del encuentro, por las dimensiones magnificadas del acto.

—Es excitante —dijo.

—El potro es aún joven, le falta experiencia, habría sido

mejor con un caballo, se demora un poco más y la hembra llega a disfrutarlo. Y el público también.

Esperaron todavía un rato sentadas en la hierba a que el ánimo de los animales volviera a serenarse, la potra estaba inquieta, había lanzado un par de mordiscos a su compañero, ahora esquivo.

Izumi colocó las aves muertas a un costado de su montura, ayudó a Sei a acomodarse en su cabalgadura y emprendieron el regreso de nuevo en silencio.

Sobre el caballo en movimiento se sentía una brisa fresca, exultante, y Sei imaginó cabalgar desnuda. Se dio cuenta de que se estaba adelantando y miró hacia atrás buscando a Izumi. Como respondiendo a la fantasía de Sei, su amiga había abierto la verde túnica y el kimono interior dejándolos caer hasta la cintura y cabalgaba sin llevar las riendas, con las manos en alto, sonriendo al viento, una cascada de seda alrededor del talle desnudo.

Sei dio un leve tirón a las riendas para refrenar su caballo y esperó hasta que la vio pasar con los brazos estirados, la vista en la lejanía, la sonrisa aún dibujada en el rostro. Cabalgó entonces a su lado, todo el tiempo atraída hacia los senos de su amiga que palpitaban con el regocijo de la cabalgata.

—La mujer es la cítara y el hombre el laúd —dijo Izumi Shikibu—. Se parecen a primera vista, pero cuando escuchas un instrumento y el otro te das cuenta de que nos hablan con músicas diferentes, requieren una distinta afinación y vierten arpegios igualmente disímiles. Pueden tocarse juntos, pero al escucharlos siempre la gente dirá: éste es un laúd, ésta una cítara.

Izumi había conocido a la autora del cuadro al que hacía referencia en un retiro en el templo de Horyuji. La pintora

era una estudiosa de la tradición budista y conocía y admiraba los poemas de Izumi Shikibu. Durante toda la estancia en el lugar sostuvieron largas e inspiradas pláticas. Después se escribieron por mucho tiempo y, un día, sin previo aviso, Izumi recibió el presente de su amiga. El motivo del laúd y la cítara había surgido de aquella conversación, la artista quedaría fascinada con la manera en que la Poetisa había planteado algo que en tantas ocasiones ella misma trató de plasmar en una imagen. Siempre había pintado a un hombre y una mujer.

—Esta amiga es esposa del gobernador en Kurumoto, será nuestra última escala antes del santuario —dijo Izumi. Partirían al amanecer y tratarían de cruzar la ciudad sin llamar la atención y alcanzar la barrera de Osaka antes de que cayera la noche...

Daba órdenes a los sirvientes a la vez que explicaba el itinerario a su huésped. Irían en su carruaje cerrado, pero, dado que Sei había disfrutado tanto la cabalgata, llevarían también los caballos...

Cuatro sirvientes disponían esterillas sobre la hierba y sitios para varios comensales y Sei se preguntaba quiénes serían los demás. Excepto la servidumbre, no había visto a nadie más en la Casa en la Laguna y la idea de compartir la mesa con toscos campesinos, otra posible excentricidad de su Anfitriona, comenzó a inquietarla del mismo modo que le preocupaban ya los caballos; había aceptado cabalgar junto a Izumi fuera de la vista de los demás, pero no se expondría a las miradas de los hombres montada sobre un caballo, había límites que era mejor no cruzar.

Eran amigos de Izumi, todos alguna vez habían vivido en la ciudad, pero ahora preferían Hahaso, Nara, Yodo y los alrededores. Había una joven rapada, pero tal era la belleza de sus formas que, aun con su testa descabellada y

vestida de blanco, atraía la mirada, era la sobrina de Izumi y tenía diecisiete años, la edad en que había muerto su madre. Había dos jóvenes aristócratas de Nara, una mujer que atendía un santuario en las afueras de Uji, un monje y dos o tres muchachas más que Izumi presentó como jóvenes promesas de la poesía, una de ellas con un nombre que resultaba familiar para Sei. Conversaban y reían a la sombra de los árboles, ajenos a su condición, libres bajo la tutela de la Anfitriona, y Sei no podía menos que sentir y disfrutar esta libertad como algo muy diferente al encierro del palacio, sus penumbras, las sombras discretas de las mujeres tras los biombos, los espacios cerrados y todo aquel claustro enfermizo de las damas de la corte, sólo interrumpido por alguna festividad en la que la gente lograba ignorar las normas por un día.

Los amigos de Izumi, al igual que ella, estaban dispuestos a olvidar que existía la corte imperial, algo que Sei había visto siempre como el centro del mundo. Pensó inicialmente que los presentes, como era costumbre de la vida provinciana, le pedirían noticias de su gran universo; contrariamente, sin ignorar la cortesía de rigor, todos se habían vuelto hacia una crónica local con un humor aliviado; decían poemas, bebían. Y de nuevo, a pesar de la cordialidad de los presentes, Sei volvió a sentirse como una extraña. De todos, sólo la joven rapada había leído su *Libro de la almohada*, pero evitaba dar una opinión de su lectura.

Una opinión que Sei esperaba ansiosa, porque nada la había impresionado más en estas horas intensas, desde su llegada a la Casa en la Laguna que la joven Akashi con su sonrisa melancólica y su hablar pausado pero seguro. Tenía mucho de su tía, pero sin la dureza, sin la sutil ironía de la Poetisa, todo en ella era leve y acompasado. En un

momento en que otra muchacha decía un verso sobre “tu cabello y el viento”. Akashi había pasado la mano por su cabeza calva con una sonrisa, mirando a Sei. Y Sei había devuelto la mirada y la sonrisa con timidez. Sólo el olor y la vista del faisán estofado la desviaron del halago de aquella mirada.

Después de la comida trajeron la cítara, que fue pasando de mano en mano, de copa en copa hasta entrada la tarde, cuando Izumi anunció la sorpresa del día en honor de la invitada: cinco de los comensales, tres hembras y dos varones, competirían en la mezcla de inciensos; la escritora escogería el perfume que más le agradara como regalo y recuerdo de este día. La única condición era que Sei no viera la preparación de los perfumes y así no sabría de quién era cada cual hasta después de escoger. Nombraron a los participantes y acto seguido Izumi tomó de la mano a su amiga. Pasearían un rato por la orilla de la laguna mientras los otros se afanaban con las esencias del áloe y la canela, el sándalo, el almizcle, el tulipán y el clavo.

La tarde se diluía agónica cuando el recadero vino por ellas. Izumi observaba en silencio los reflejos del sol poniente sobre las aguas mientras escuchaba la fábula cantada de una joven princesa que llora en la playa la partida de su amor. Sei entonaba la melodía en voz baja, como un fondo a otros pensamientos y observaba de perfil la silueta de la Anfitriona, con la vista en un punto lejano, inmóvil. Y tenía la sensación de estar viendo un cuadro. Pero de repente Izumi se volvió a mirarla y el encantamiento quedó roto.

—Sigue, por favor —dijo. Sei había interrumpido la canción sin darse cuenta. El mensajero, que esperaba tras ellas sin atreverse a interrumpir el canto, también se apresuró a llamar la atención.

El corazón de Sei jalonó sorprendido por el aviso de que ya podían regresar. De repente se sentía turbada ante la selección del incienso, temía no ser capaz de distinguir un perfume de otro y no adivinar cuál entre los cinco era la mezcla preparada por Akashi. Sería horrible escoger otro, no honrar a la joven, no acertar en el reconocimiento de su presencia por encima de todos en aquella fiesta, no poder demostrar su incondicional entrega. Quería decirle a Izumi, pero le apenaba la intensidad de aquel sentimiento hacia la joven y temió desagradar. Dijo en cambio:

—Mientras te miraba hace unos instantes, con la tarde cayendo y las ondas oscuras del agua, pensé en esa mujer en el jarrón.

—Yo soy esa mujer —dijo Izumi.

Había cinco cofrecillos laqueados que Sei fue abriendo despacio para aspirar el olor de cada incienso. La fragancia del primero era elegante, de una ligera sensualidad, le recordaba el perfume que usaba su gran amiga, la emperatriz Sadako, pero no podía asociarlo con ninguno de los competidores. Se tomó el tiempo necesario para alejar la esencia anterior y abrió el segundo cofrecillo; tardó un poco todavía en percibir un perfume lleno de evocaciones, nostálgico, que parecía venir de tiempos lejanos y de otros ámbitos; el tercero olía demasiado a sándalo y en el cuarto los componentes no se habían mezclado bien y el ámbar ahogaba los demás elementos. Esperó aún un rato más para aspirar la última mezcla, porque ahora los olores se impregnaban en sus fosas nasales.

En todos estos lapsos entre un incienso y otro, los demás complementaban la prueba con juegos de palabras, supuestas alusiones a los componentes de los perfumes y a sus respectivos mezcladores, pero Sei no podía distinguir nada.

Al abrir el quinto cofrecillo percibió enseguida una fragancia nocturna, de sobria exquisitez; tan armonioso y sutil era el perfume que con gusto habría cerrado el cofrecillo para de nuevo dejarse sorprender por aquella presencia, pero las reglas prohibían repetición alguna.

Pidió todavía tiempo antes de decidirse. Mientras se desarrollaba la prueba los sirvientes habían ido llenando de farolillos las ramas bajas de los árboles en derredor o los colgaban de unas varas de bambú curvadas que clavaban en la tierra. La invitada observó una vez más a Akashi bañada de luz antes de enfrentar de nuevo las fragancias. Todos la observaban en silencio ahora, miró hacia el último cofrecillo a la izquierda, hacia el último a la derecha y finalmente, de una manera casi instintiva, quizá imprevista para ella misma, se adelantó y señaló el segundo de la izquierda.

Akashi tomó el cofrecillo y se lo entregó.

—Me honra tu elección —dijo. Sei la besó en la frente y ésta devolvió en la boca el saludo.

—No podía elegir otro —dijo Sei en un susurro.

Sola en su habitación volvió a leer la dedicatoria en la tapa interior del cofrecillo de madera laqueada con incrustaciones de madreperla: *El perfume de este día nos unirá en el tiempo*. Se acercó a la ventana y escuchó los cientos de voces de la noche. Había algunas estrellas y una tímida luna dibujaba los límites del bosque, el Fujiyama estaba coronado por aquel resplandor rojizo que no mostraba desde hacía tiempo.

Las escenas del largo día se agitaban en su mente. Abrió el cuaderno de notas, pero el cansancio y el sueño detuvieron el pincel en la primera frase: *El mundo de Izumi Shikibu es diferente, otro...*